

## HOGAR

Érase una vez una jovencita nacida en un país latinoamericano, que tras mucho esforzarse y trabajar, logró el dinero suficiente para montarse en un avión y llegar a Madrid. Nuestra protagonista es morena, de pelo y piel, chiquita y con rasgos indígenas. En Madrid, en el aeropuerto, la espera una familiar que hizo el mismo trayecto hace ya más de quince años. La joven, ilusionada, quiere vivir en España y conseguir un trabajo digno que le ayude a ahorrar suficiente para enviar dinero a su casa y poder ir a la universidad. Quiere ser abogada y en su país la universidad está hecha solo para los que tienen dinero. Aquí en España, todo el mundo puede estudiar, es Europa y aquí hay oportunidades para todos. Al menos eso le ha dicho su familiar, que sabe de lo que habla.

Coge el metro por primera vez en su vida y llegan al barrio de Aluche, donde la esperan en un piso, más familiares y amigos, todos emigrantes como ella. Es un domingo de verano. Madrid está precioso, con esa luz tan bonita del mes de julio, pero ella está agotada del viaje tan largo y del cambio de hora. La llevan a una habitación y allí puede dormir hasta recuperar las fuerzas.

Dos días más tarde, una de las compañeras de piso de su familiar, acompaña a la joven a una casa en el centro de Madrid. “Es el barrio de los ricos - le dice - aquí trabajamos muchas de nosotras. Ojalá tengas suerte y la señora sea buena y te pague bien”. La joven entra por la puerta de servicio en una enorme casa, decorada con muebles grandes y pesados, cortinas oscuras y ventanas que aíslan la casa del tráfico y el ruido, de una calle tan transitada como donde está situada. La señora es una mujer alta, de unos sesenta años, bien vestida y seria. Casi todo el tiempo habla con su acompañante, ya que ella no sabe negociar las condiciones de su trabajo. Al final, lo consigue. Trabajarán en esa casa y vivirá allí también. Se acaba de convertir en una criada interna. Su acompañante se despide de ella y le dice que no se preocupe, que

el domingo se verán en la casa de su familiar y que allí estará bien. La señora es una buena mujer, en la casa no hay niños y que su sueldo se lo pagarán a final de mes.

La dueña de la casa la lleva hasta su habitación, se la enseña al igual que el baño que va a usar y le dice que tiene que ponerse el uniforme que está encima de la cama. La joven se queda sola y no puede ni creer la suerte que tiene, una habitación sencilla, con una cama, una mesilla, un armario y una silla, además de un baño, solo para ella. Nunca había tenido tantos lujos. Como quiere que la señora tenga buena opinión de ella, se cambia rápido y se dirige al salón donde la espera la mujer para decirle cuáles son sus funciones. Limpiar la casa y los baños, ocuparse de la lavadora, la plancha y el orden de la ropa, ir al mercado, cocinar la comida y la cena, llevar a su padre al centro de día donde pasa las mañanas y ocasionalmente ir con ella de compras para ayudarle con las bolsas. Le enseña la casa. Dos salones, cinco dormitorios, el despacho del señor, tres baños, la cocina y la zona de servicio. También le enseña a poner la lavadora y la secadora, donde está la plancha y cómo le gustan las cosas.

Los días pasan y la joven se da cuenta que no puede parar de trabajar o no tiene tiempo a diario para llevar la casa al ritmo que los dueños la exigen. Demasiados cuartos que limpiar, demasiados cristales, demasiada comida. A parte de ella, allí viven los señores, el padre de la señora y uno de los hijos, que tiene casi treinta años y que la mira de una forma que no le gusta nada. Cada noche nuestra joven protagonista adelanta un poco la hora del despertador para levantarse más pronto y empezar antes su jornada laboral.

Por fin llega el domingo y como es su día libre, se levanta, se ducha y se dirige de nuevo a Aluche para pasar la jornada con sus familiares y amigos. Preparan comida de su tierra y todos juntos van a la Casa de Campo a disfrutar de un día de verano. Mientras los hombres juegan un partido de fútbol con los niños, las mujeres se sientan a contar sus experiencias. Todas están cansadas porque o trabajan como internas o lo hacen de externas pero en varias casas. Se quejan de lo poco que cobran y de la cantidad de horas que tienen que dedicar al trabajo para poder sacar un sueldo decente. Una de ellas recuerda como una de sus jefas le dijo una vez que no pensaría que le iba a pagar a una guachupina lo mismo que una empleada de hogar española. Eso que lo tuviera muy claro. Nuestra joven solo comenta que lo único que por ahora le molesta, es tener que ir por la calle con el uniforme. La señora no permite que se cambie para ir a comprar y todo el mundo la mira cuando va al mercado. Además le está un poco grande y la señora no quiere comprarle uno de su talla, le dice que no merece la pena.

Hoy es final de mes y la señora la llama al salón para pagarle su salario. Cuando le da el sobre y le hace firmar el recibo de la entrega, la joven va a su cuarto y comprueba el dinero que hay. Trescientos veinticinco euros. Ella recuerda que su compañera le habló de algo más y tímidamente se acerca a la dueña de la casa y le pregunta por qué no le paga el dinero pactado. “Muy fácil, querida - responde ella con superioridad - comes y vives aquí, y mantenerte cuesta dinero. Lo que falta es la parte de tu manutención”. Esa noche, nuestra joven llama por teléfono a la persona que la llevó a la casa y se lo cuenta. “Mi niña, eso es así, en algunas casa todavía lo hacen, no les basta con nuestro trabajo, nos cobran por tenernos allí como esclavas”.

Nuestra protagonista, decepcionada, le dice que la ayude a buscar otra casa que no la cobren por estar y que la paguen lo pactado. “Conforme, pero lo mismo tardamos un poco ¿vale? aguanta un poco allí, te prometo que haré lo que pueda”.

Tres meses más tarde, la joven recoge sus cosas de la habitación de servicio, se despide de la señora que la trata con demasiada frialdad, permite que el hijo de la dueña la repase bien el cuerpo con su mirada y sale de la casa del barrio rico, para coger el metro e irse a otro barrio rico. Madrid tiene varios barrios ricos. Ahora se va a Chamartín, a una zona que llama Hispanoamérica, a una calle cuyo nombre es el de una ciudad de su país. La casa es grande, pero más moderna que la otra, y la señora mucho más joven. Allí si hay niños. Dos chicos, uno de diez años y otro de seis. Son una familia normal. El marido es médico y ella trabaja en una empresa, es economista. Sus tareas son parecidas, llevar a los niños al autobús escolar, limpiar, cocinar, hacer la compra, ir al tinte con los trajes del señor, cuidar de los niños cuando vuelven del colegio, etc. Pero tiene libre día y medio además de salir tres horas las tardes de los martes y jueves, porque la señora vuelve pronto del trabajo y se ocupa ella del baño y la cena de sus hijos. El marido siempre está en casa a esa hora, pero él nunca hace nada y a sus hijos solo les da un beso de buenas noches, nunca se ocupa de ellos, al menos mientras nuestra joven está en casa. Debe pensar que para eso tiene una chica. Su salario es un poquito mejor y el uniforme la está bien, la señora le encarga en una tienda del barrio y lo compra de su talla. Ahora está más contenta, porque a los señores los ve muy pocos, los niños son muy ricos y pasa mucho tiempo sola. La casa le da trabajo porque los niños no recogen ni les han enseñado a no manchar sin control, pero ella se va a encargar de hacerlo. Lo único que no le gusta es que otra vez, trabaja sin contrato. Los dueños de la casa le dicen que está de prueba y que en unos meses cuando se conozcan bien, le harán contrato y tendrá todos sus derechos. Pero ahora tienen que ir viendo.

La joven pasea por el barrio durante sus horas de ocio y los sábados después de comer ya es libre hasta el domingo a la noche. Va a enviar dinero a su casa, sale con algunos amigos a locales de música latina y se ha comprado un móvil más nuevo. Ahora tiene redes sociales y puede ver lo que los demás cuentan. Es más feliz.

Un día, en la cola de la frutería, una mujer se le acerca y le pregunta si puede hablar con ella. La mujer es de una empresa de empleadas de hogar y le pregunta si le gustaría trabajar con ella. La empresa le proporcionará casas y empresas donde trabajar pero nunca interna. Tendrá trabajos hasta completar una jornada laboral normal. Tendrá un contrato y la seguridad social como todos los trabajadores. El suelo puede ser muy atractivo dependiendo de lo que esté dispuesta a trabajar. Le da una tarjeta y le dice que se lo piense y la llame.

Esa noche habla con su señora del contrato y como vuelve a esquivar el tema, decide llamar a esta mujer y empezar a trabajar con ella. Pero claro tiene un problema. Ella no tiene donde vivir, porque siempre ha estado interna. Su familiar le dice que no puede pagar un piso ella sola, que lo mejor es que alquile una habitación a alguien. Así que entre las dos encuentran una familia de su país, que viven cerca y que pueden alquilarle una habitación por un tiempo. Ella está contenta pero las cosas no son como se las pintaron. La mujer de la empresa le da trabajos que la tienen hasta doce o catorce horas trabajando, pero cuando le da la copia del contrato solo parece

que la contrate por seis. Le dice que no puede darle de alta por todo el tiempo porque eso es un gasto enorme y que aún no ha demostrado que sea tan rentable. Total, que la joven vuelve a sentir que la están explotando. España no estaba resultando como ella pensaba. Aquí había mucha gente dispuesta a sacarle la vida a un emigrante sin papeles.

Cada noche está más cansada y más defraudada. Un sábado, algunos compañeros del trabajo deciden ir juntos a tomar algo por un barrio que llama Malasaña. Les lleva uno de ellos que es español. El barrio le parece precioso, tan antiguo y tan distinto de lo que ella ve en su país. El compañero español les lleva a unos cafés muy chulos y lo pasan bien juntos. Luego este chico la pide permiso para acompañarla a casa y la joven le dice que sí. En el camino, él le cuenta que sabe que los están explotando. Los emigrantes son los únicos que tienen contratos de jornada reducida y que eso es ilegal, que tienen que contratarles como a los demás. Le habla de la mala imagen que muchos españoles tienen de los emigrantes y de que los culpan de los problemas que tiene la sociedad. Eso la sorprende, cuando son los empresarios los que deciden tratarlos distinto. Son ellos los que los pagan menos por el mismo trabajo y los que imponen que sus condiciones laborales sean peores. El español lo sabe y le duele porque son sus compañeros, trabajan igual, cumplen igual y son personas igual. Sin embargo para muchos no lo son, son solo emigrantes que vienen a Europa a robarles el trabajo. “¿Qué trabajo? ¿Cuántos españoles están dispuestos a trabajar en las condiciones que tenemos nosotros? - preguntó la joven- Ninguno - se contestó a sí misma. Nos culpan de algo de lo que no somos culpables, es el que tiene el dinero y el trabajo el que nos hace diferentes, el que nos explota para hacernos más rentables. Esa es la verdad. Muy distinto es lo que a la sociedad se le vende”.

Cuando salen del metro, dos jóvenes españoles les insultan y les dicen que deje de ir con una puta panchita habiendo españolas preciosas. Que las sudacas son todas unas brujas que vienen a pillar un español y una nacionalidad. Ellos dos aligeran el paso para alejarse de ellos y llegan al portal de la joven. “Yo quiero ayudarte, me gustaría que me acompañas al sindicato para ver qué podemos hacer para que te cambien las condiciones de trabajo - le dijo él. Ya veremos ¿vale? ahora necesito el dinero y no puedo permitirme perder lo que tengo - contesto ella.”

Han pasado cuatro años y nuestra joven protagonista ha decidido volver a su país. Ha trabajado en varios sitios y en todos la han tratado como a una emigrante, no como a una persona. Cada empresario le ha puesto condiciones peores que el anterior. Se ha sentido explotada en todos los sentidos. Así que después de cuatro años, coge su dinero, compra un billete y vuelve a su casa. Allí al menos la explotarán los suyos pero estará con los suyos. Recuerda como su compañero español, aquel pseudo sindicalista que quiso ayudarla, intentó cobrarse con carne su ayuda desinteresada. Y como ella pensó, mira este también quiere sacarle algo a la emigrante.

Cuando va en el avión mirando por la ventanilla el inmenso cielo, piensa que qué distinta es la vida de un país cuando la ves en la tele y cuando la ves en directo. Europa vende un ideal de sociedad en los medios, libertad, igualdad y fraternidad muy lejana de la realidad. No te recibe con los brazos abiertos, hay ciudadanos de primera y de segunda y les encanta encontrar a quién echar la culpa de los problemas de su sociedad, en vez de solucionarlos. Si de verdad quieres saber qué es

sentirte excluida, sola y explotada en todos los sentidos, se una mujer de un país pobre en un país rico, pensó la joven.